

escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirla á él, y que, según esto, no había de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibíale Camila, con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que, al cabo de pocos meses, volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad."

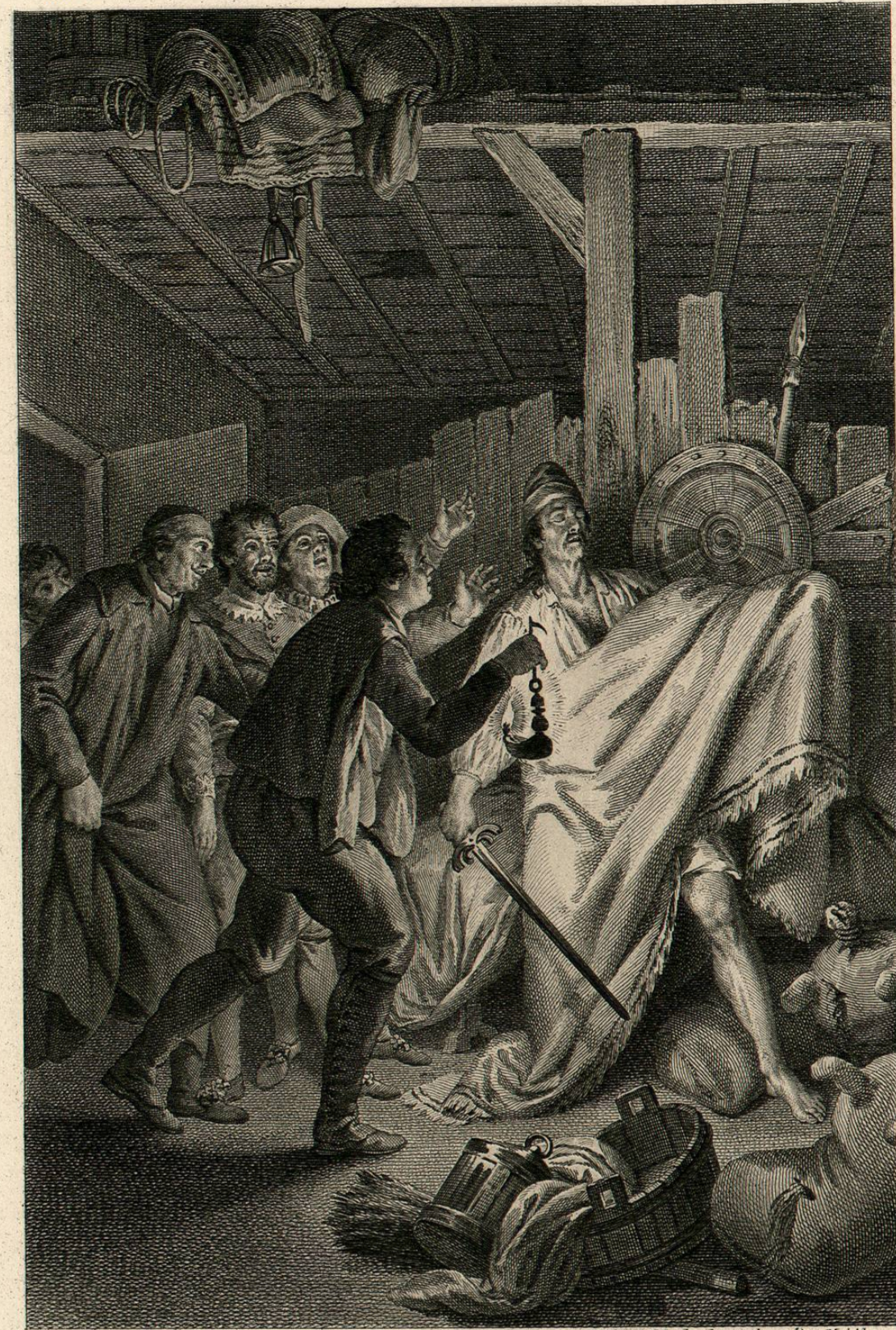
CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso Impertinente.

Poco mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: "Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: ¡vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo!—¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estais en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?" En esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: "¡Tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!" y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dijo Sancho: "No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.—Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó Don Diablo no ha dado alguna

cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre:" y con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que, si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y, como no la hallaba, dijo: "Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que náda en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?—No sé nada, respondió Sancho; solo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado, como la sal en el agua." Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los

Lám. II.



Antonio Camarero la inv. y dibujó.

Manuel Salvador Carmona la grabó en Madrid 1779.